

1

Mi historia, la historia de "cómo me hice monja", comenzó muy temprano en mi vida; yo acababa de cumplir seis años. El comienzo está marcado con un recuerdo vívido, que puedo reconstruir en su menor detalle. Antes de eso no hay nada: después, todo siguió haciendo un solo recuerdo vívido, continuo e ininterrumpido, incluidos los lapsos de sueño, hasta que tomé los hábitos.

Nos habíamos mudado a Rosario. Mis primeros seis años los habíamos pasado, papá, mamá y yo, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires del que no guardo memoria alguna y al que no he vuelto después: Coronel Pringles. La gran ciudad (era lo que parecía Rosario, viniendo de donde veníamos) nos produjo una sensación inmensa. Mi padre no demoró más que un par de días en cumplir una promesa que me había hecho: llevarme a tomar un helado. Sería el primero para mí, pues en Pringles no existían. Él, que en su juventud había conocido ciudades, me había hecho más de una vez el elogio de esa golosina, que recordaba deliciosa y festiva aunque no atinaba a explicar su encanto con palabras. Me lo había descrito, muy correctamente, como algo inimaginable para el no iniciado, y eso había bastado para que el helado echara raíces en mi mente infantil y creciera en ella hasta tomar las dimensiones de un mito.

Fuimos caminando hasta una heladería que habíamos localizado el día anterior. Entramos. Él pidió uno de cincuenta centavos, de pistaccio, crema americana y kinotos al whisky, y para mí uno de diez, de frutilla. El color rosa me encantó. Yo iba bien predispuesta. Adoraba a mi papá. Veneraba todo lo que viniera de él. Nos sentamos en un banco en la vereda, bajo los árboles que había en aquel entonces en el centro de Rosario: plátanos. Observé cómo lo hacía papá, que en segundos había dado cuenta del copete de crema verde. Cargué la cucharita con extremo cuidado, y me la llevé a la boca.

Bastó que las primeras partículas se disolvieran en mi lengua para sentirme enferma del disgusto. Nunca había probado algo tan repugnante. Yo era más bien difícil en la alimentación, y la comedia del asco no tenía secretos para mí, cuando no quería comer; pero esto superaba todo lo que hubiera experimentado nunca; mis peores exageraciones, incluidas las que nunca me había permitido, se veían justificadas de sobra. Por una fracción de segundo pensé en disimularlo. Papá había puesto tanta ilusión en hacerme feliz, y eso era tan raro en él, un hombre distante, violento, sin ternuras visibles, que echar por la borda la ocasión me pareció un pecado. Pasó por mi mente la alternativa atroz de tragar todo el helado, sólo por complacerlo. Era un dedal, el vasito más chico, para párvulos, pero ahora me parecía una tonelada.

No sé si mi heroísmo habría llegado a tanto, pero no pude siquiera ponerlo a prueba. El primer bocado me había dibujado en el rostro una mueca involuntaria de asco que él no pudo dejar de ver. Fue una mueca casi exagerada, en la que se conjugaba la reacción fisiológica y su acompañamiento psíquico de desilusión, miedo, y la trágica tristeza de no poder seguir a papá ni siquiera en este camino de placeres. Habría sido insensato intentar ocultarlo; ni siquiera hoy podría hacerlo, porque esa mueca no se ha borrado de mi cara.

—¿Qué te pasa?

En su tono ya estaba todo lo que vino después.

En circunstancias normales el llanto me habría impedido contestarle. Siempre tenía las lágrimas a flor de ojos, como tantos chicos hipersensibles. Pero un rebote del gusto horrendo, que me había bajado hasta la garganta y ahora volvía como un latigazo, me electrizó en seco.

—Gggh...

—¿Qué?

—Es... feo.

—¿Es qué?

—¡Feo! —chillé desesperada.

—¿No te gusta el helado?

Recordé que en el camino me había dicho, entre otras cosas cargadas de una agradable expectativa: "Vamos a ver si te gusta el helado". Claro que lo decía dando por supuesto que sí me gustaría. ¿A qué chico no le gusta? Los hay que, adultos, recuerdan su niñez como un prolongado pedido de helados y poca cosa más. Por eso ahora su pregunta tenía una resonancia de incrédulo fatalismo, como si dijera: "No puedo creerlo; también en esto tenías que fallarme".

Vi construirse la indignación y el desprecio en sus ojos, pero se contuvo todavía. Decidió darme una oportunidad más.

—Cómelo. Es rico —dijo, y para demostrarlo se llevó a la boca una cucharada cargada del suyo.

Yo ya no podía retroceder. Estaba jugada. En cierto modo no quería retroceder. Se me revelaba que mi único camino a esta altura era demostrarle a papá que lo que tenía entre manos era inmundo. Miré el rosa del helado con horror. La comedia asomaba a la realidad. Peor: la comedia se hacía realidad, frente a mí, a través de mí. Sentí vértigo, pero no podía echarme atrás.

—¡Es feo! ¡Es una porquería! —Quise ponerme histérica. —¡Es asqueroso!

No dijo nada. Miraba el vacío delante de él y comía de prisa su helado. Yo había errado una vez más el enfoque. Lo cambié con aturdida precipitación.

—Es amargo —dije.

—No, es dulce —respondió con una contenida suavidad cargada de amenaza.

—¡Es amargo! —grité.

—Es dulce.

—¡¡Es amargo!!

Papá ya había renunciado a toda satisfacción que pudiera haber esperado de la salida, de la comunión de gustos, de la camaradería. Eso quedaba atrás, ¡y qué ingenuo de su parte, debía de estar pensando, en haberlo creído posible! No obstante, y sólo para ahondar más su propia herida, emprendió el trabajo de convencerme de mi error. O de convencerse él de que yo era su error.

—Es una crema muy dulce con gusto a frutilla, riquísima.

Yo negaba con la cabeza.

—¿No? ¿Y qué gusto tiene entonces?

—¡Es horrible!

—A mí me parece muy rico —dijo tranquilamente, y engulló otra cucharada. Su calma me espantaba más que cualquier otra cosa. Intenté hacer las paces por un camino retorcido, muy típico de mí:

—No sé cómo puede gustarte esa porquería. —Traté de darle un tonillo de admiración.

—A todo el mundo le gustan los helados —dijo lívido de furia. La máscara de paciencia caía, y no sé cómo yo todavía no estaba llorando. —A todo el mundo menos a vos, que sos un tarado.

—¡No, papá! ¡Te juro...!

—Come ese helado.— Frío, tajante. —Para eso te lo compré, taradito.

—¡Pero no puedo...!

—Comelo. Probalo. Ni lo probaste.

Abriendo grandes los ojos por mi honestidad puesta en duda (tendría que haber sido un monstruo para mentir por gusto) exclamé:

—¡Te juro que es horrible!

—¡Qué va a ser horrible! Probalo.

—¡Ya lo probé! ¡No puedo!

Se le ocurrió algo y volvió a un nivel más condescendiente:

—¿Sabes qué debe ser? Que te dio impresión lo frío. No el gusto, sino lo frío que está. Pero enseguida te vas a acostumbrar y vas a ver qué rico es.

Me aferré a un clavo ardiente. Quise creer en esa posibilidad, que a mí no se me habría ocurrido en mil años. Pero en el fondo sabía que no valía la pena. No era así. Yo no tomaba habitualmente bebidas heladas (no teníamos heladera) pero las había probado y sabía bien que no era eso. Aun así, me aferré. Tomé con suma precaución una pizca de helado en la punta de la cucharita, y me la llevé a la boca mecánicamente.

Me resultó mil veces más asqueante que la vez anterior. Lo habría escupido, de saber cómo hacerlo. Nunca aprendí a escupir a distancia. Me chorreó por las comisuras de los labios.

Papá había seguido cada uno de mis movimientos de reojo, sin dejar de comer su helado a grandes cucharadas. Las tres capas de distintos colores iban desapareciendo velozmente. Con la cucharita aplastó la crema dejándola a nivel con los bordes del vasito de barquillo. En ese punto comenzó a comérselo. Yo no sabía que esos vasitos se comían, y me pareció una manifestación de salvajismo que desbordó la capa de mi espanto. Empecé a temblar. Sentí subir el llanto. Me habló con la boca llena:

—¡Probalo bien, idiota! Una buena porción para que puedas sentirle el gusto.

—Pe... pero...

Terminó el suyo. Arrojó la cucharita a la calle. Milagro que no se la comiera también, pensé. Con las manos libres, se volvió hacia mí, y supe que el cielo se me estaba cayendo encima.

—¡Cómelo de una vez! ¿No ves que se está derritiendo?

Efectivamente, el copo de helado se estaba haciendo líquido, y unos arroyuelos rosa corrían por el borde del vasito y me goteaban sobre la mano y el brazo, y sobre mis piernas flacas bajo el pantalón corto. Eso me inmovilizaba definitivamente. Mi angustia crecía al modo exponencial. El helado se me aparecía como el más cruel dispositivo de tortura que se hubiera inventado. Papá me arrancó la cucharita de la otra mano y la clavó en la frutilla. La levantó bien cargada y me la acercó a la boca. Mi única defensa habría sido cerrarla, y no volver a abrirla nunca más. Pero no podía. La abrí, redonda, y la cucharita entró. Se posó en mi lengua.

—Cerrá.

Lo hice. Las lágrimas ya me velaban los ojos. Al apretar la lengua contra el paladar y sentir cómo se deshacía la crema, se formó un sollozo en todo mi cuerpo. No hice los movimientos de tragar. El asco me inundaba, me explotaba en el cerebro como un rayo. Otra cucharada bien cargada venía en camino. Abrí la boca. Ya estaba llorando. Papá me puso la cucharita en la otra mano.

—Seguí vos.

Me atraganté, tosí, y empecé a llorar a los gritos.

—Ahora estás encaprichado. Me lo haces a propósito.

—¡No, papá! —tartamudeé de modo ininteligible. Sonaba: "pa no pa no no pa".

—¿No te gusta? ¿Eh? ¿No te gusta? ¿No ves que sos un tarado?— Lloré. —Contestame. Si no te gusta no hay problema. Lo tiramos a la mierda y ya está.

Lo decía como si eso fuera una solución. Lo peor era que papá, por haber comido tan de prisa su helado, tenía la lengua entumecida y hablaba como yo nunca lo había oído, con una torpeza que me lo hacía más feroz, más incomprensible, muchísimo más temible. Creía que era la rabia lo que le endurecía la lengua.

—Decime por qué no te gusta. A todos les gusta y a vos no. Decime el motivo.

Increíblemente, pude hablar; pero tenía tan poco que decir.

—Porque es feo.

—No, no es feo. A mí me gusta.

—A mí no —imploré.

Me tomó el brazo y guió la mano con la cucharita hasta el helado.

—Tómalo y nos vamos. Para qué te habré traído.

—¡Pero no me gusta! Por favor, por favor...

—Está bien. Nunca más te vuelvo a comprar uno. Pero tomá éste.

Cargué la cucharita mecánicamente. De sólo pensar que ese suplicio iba a seguir me sentía desfallecer. Ya no tenía voluntad. Lloraba francamente, sin embozos. Por suerte estábamos solos. Al menos esa humillación papá se la ahorró. Se había callado, no se movía. Me miraba con el mismo disgusto profundo, visceral, con que yo consideraba mi helado de frutilla. Yo quería decirle algo, pero no sabía qué. ¿Que el helado no me gustaba? Ya se lo había dicho. ¿Que el sabor del helado era inmundo? También se lo había dicho, pero era algo que no valía la pena decir, que aun después de decirlo seguía en mí, incomunicable. Porque a él le gustaba, le parecía exquisito. Todo era imposible, para siempre. El llanto me dobló, me quebró. Y no podía esperar ningún consuelo. La situación era inexpresable por ambos lados. Él tampoco podía decirme cuánto me despreciaba, cuánto me odiaba. Esta vez, yo había ido demasiado lejos. Sus palabras no me alcanzarían.

2

La discusión, como dije al terminar el capítulo anterior, había llegado a su fin, si es que puede hablarse de discusión. Habíamos caído en un silencio que ni siquiera el ruido entrecortado de mis sollozos alteraba en profundidad. Mi padre era una estatua, un bloque de piedra. Yo, estremecida, trémula, húmeda, con el vaso de helado en una mano y la cucharita en la otra, la cara roja y descompuesta en un rictus de angustia, no estaba menos inmovilizada. Lo estaba más, atada a un dolor que me superaba con creces, dando con mi infancia, con mi pequeñez, con mi extrema vulnerabilidad, la medida del universo. Papá no insistió más. Mi último y definitivo recurso habría sido terminar por mi cuenta el helado, encontrarle el gusto al fin, remontar la situación. Pero era imposible. No necesitaba que me lo dijeran. Ni siquiera necesitaba pensarlo. En mi suprema impotencia, tenía firmemente dominadas las riendas de lo imposible. La calle vacía bajo los plátanos, el calor asfixiante del enero rosarino, devolvían el eco de mis sollozos. En la quietud, el sol hacía dibujos de luz. Me caían lágrimas innumerables, y el helado se derretía francamente, los hilos rosa me corrían hasta el codo, desde donde goteaban a la pierna.

Pero no hay situación que se eternice. Siempre pasa algo más. Lo que sucedió entonces vino de mi cuerpo, de lo profundo, sin preparación alguna por la voluntad o la deliberación. Una arcada me sacudió el plexo. Fue algo grotesco, de caricatura. Era como si algo en mí quisiera demostrar que tenía enormes reservas de energía, listas a desencadenar en cualquier momento. De inmediato, otra, más exagerada todavía. A los muchos estratos de mi miedo se agregaba éste de ser presa de un mecanismo físico incontrolable. Papá me miró, como si volviera de muy lejos:

—Basta de farsa.

Otra arcada. Otra más. Otra. Eran una serie. Todas secas, sin vómito. Parecían las frenadas de un auto loco. Frenadas ante el abismo, pero repetidas, como si el abismo se multiplicara.

Un interés nació en el rostro de papá. Yo conocía tan bien ese rostro, cetrino, redondo, con la calva prematura, la nariz aguileña que heredó mi hermana, no yo, y el espacio excesivo entre la nariz y la boca, que él disimulaba con un bigote bien recortado. Lo conocía tan bien que no necesitaba mirarlo. Era un hombre previsible. Al menos lo era para mí. Yo también debía de ser previsible para él. Pero las arcadas lo habían sorprendido. Las miraba casi como si yo me hubiera objetivado, como si hubiera salido de él, de su destino. Yo seguía en la mía. Arcada. Arcada. Arcada.

Al fin amainaron, sin que hubiera llegado a vomitar. Ya no lloraba. Me contenía, me aferraba a una triste parálisis. Otra arcada remanente. Un hipo hepático.

—Pero será posible, la puta madre que te parió...

Vacilaba un poco. Debía de estar pensando cómo haría para llevarme a casa. No sabía, pobre papá, que ya nunca más me llevaría a casa. Aunque estoy segura de que si alguien se lo hubiera dicho en ese momento, habría sentido alivio.

Con todas las sacudidas, y siempre sin soltar el vasito, yo me había asperjado de helado de pies a cabeza, ropa incluida. De modo que su primera medida fue quitármelo; hizo lo propio con la cucharita de la otra mano. Yo era muy pequeña, muy menuda, inclusive para mis seis años recién cumplidos. Papá era un hombre grande, sin ser corpulento. Pero tenía dedos largos y finos (que yo sí he heredado), y me alivió de mis dos cargas con precisión. Buscó un lugar donde tirarlos. Pero no lo buscaba en realidad porque no había dejado de mirarme. Entonces hizo algo sorprendente.

Metió la cuchara en el vaso, en los restos del heladito rosa ya medio líquido, pero todavía manejable, la cargó y se la llevó a la boca. No insultaré la memoria de mi padre diciendo que no quería desaprovechar el helado ya pago. Estoy segura de que no era ése el caso. Podía tener gestos de tacaño, como los tenemos todos, pero no en una ocasión como aquélla. En su simplicidad de hombre de pueblo, era coherente. Estoy segura de que no concebía siquiera la posibilidad de complicar la tragedia. Prefiero pensar que quiso deleitarse, una sola vez, una sola cucharada, con el más cabal sabor del helado de frutilla. Como una última, secreta, sublime confirmación.

Pero se produjo un giro completo. Frunció los rasgos de inmediato en una mueca de asco, y escupió con fuerza. ¡Era inmundito! Yo estaba desorbitada (estaba desorbitada de antes, por las arcadas) y lo veía doble, o triple. Debería haberme transportado el conocido sentimiento de triunfo, el triunfo de los débiles de ver que se les da la razón después de lo irremediable. Algo de eso hubo, quizás, porque el hábito es fuerte. Pero no me sentí transportada. De hecho, no entendía bien qué podía estar pasando. Estaba tan arraigada en el desastre que buscaba otra explicación, más barroca, una vuelta de tuerca que no anulase lo anterior, como habría tendido a anularlo cualquier persona moralmente sana.

Se llevó el vasito a la nariz y olió con fuerza. Su gesto de disgusto se acentuó. Hubo esa impasse de movimientos imperceptibles que anuncia el paso a la acción. Él no era un hombre de acción; en ese aspecto era normal. Pero la acción a veces se impone. No me miró. En todo lo sucesivo de esa tarde funesta no volvió a mirarme. Aunque debo de haber sido un considerable espectáculo. Ni una sola vez volvió sus ojos a mí. Una mirada habría equivalido a una explicación, y ya era imposible explicarnos. Se levantó y fue adentro de la heladería, me dejó sola en el banco de la vereda, llorosa y enchastrada. Pero yo fui tras él.

—Señor...

El heladero alzó la vista del Tony. Quiso componer la cara porque adivinó que había problemas, y no acertaba a imaginarse de qué índole eran.

—Esta mierda de helado que me vendió está en mal estado.

—No.

—¡Cómo que no, carajo!

—No señor, todo el helado que vendo es fresco.

—Bueno, éste está podrido.

—¿Cuál es? ¿Frutilla? Me lo trajeron esta mañana.

—¡Qué mierda me importa! ¡Esto está podrido!

—Más fresco, imposible —insistió el hombre. Buscó rápidamente entre las tapas de aluminio de los tambores alineados en el mostrador, y abrió una. —Ahí está, sin empezar. Lo empecé con usted.

—¡Pero no me va a decir a mí!

—¿Qué culpa tengo yo si al pibe no le gustó?

Papá estaba rojo de furor. Le tendió el vasito.

—¡Pruébalo!

—Yo no tengo por qué probar nada.

—No... Usted lo va a probar y me va a decir si...

—No me grite.

A pesar de esta sugerencia sensata, los dos estaban gritando.

—Lo voy a denunciar.

—No me haga reír.

—¡Qué se cree!

—¡Qué se cree usted!

En realidad, habían llegado a una competencia de voluntades. Eso impedía que el problema encontrara su solución natural. Mi padre debía de saber que si él hubiera probado el helado de frutilla de entrada, las cosas no habrían llegado tan lejos. Pero no lo había hecho, y ahora le devolvían la misma moneda, que él no podía ver sino por el reverso, el de la malevolencia. Adiviné que estaba dispuesto a hacérselo probar por la fuerza. El otro, por su parte, se enfrentaba a una alternativa en la que creía tener todas las de ganar. Podía probar el helado, encontrarle o no algún sabor extraño, ligeramente amargo o medicinal, y embarcarse en una interminable discusión sobre lo comunicable o indecible. En ese momento entraron dos chicos. El heladero los miró, con el triunfo pintado en el rostro.

—Dos de un peso.

Los de un peso eran grandes, de cuatro gustos. Dos pesos en aquellos años eran algo. La escena cambiaba radicalmente. Ahora ponía a la heladería bajo la luz de la prosperidad, de la normalidad, el ancho mundo entraba bajo la figura de esos dos adolescentes. Quedaba atrás la figura siniestra del loco reclamando por un matiz del sabor en un helado de diez centavos. Esa apertura de la situación significaba nuevas reglas. Reglas de racionalidad, que habían estado faltando. Toda relación, incluida (y sobre todo) la mía con papá, tenía sus reglas. Pero además estaban las reglas de juego generales del mundo. El heladero lo percibió con fluidez, y fue lo último que percibió. Sin alterar su gesto de triunfo, dijo:

—A ver qué pasa con esa frutilla.

Se dirigía más a los recién llegados que a papá. Era su definitiva demostración de dominio. Mi padre seguía con el patético vasito de helado derretido en la mano. El otro no probaría esa porquería: probaría su buen helado del tambor, fresco y virgen. Papá se alarmó. Se sentía derrotado.

—No, pruebe éste... —dijo. Pero lo dijo sin verdadera convicción. No tenía la razón de su parte. Y a la vez la tenía. Dentro de todo, le convenía reservarse esa carta. Si el helado del tambor se revelaba correcto, le quedaba el recurso del vasito.

El heladero alzó la tapa, tomó una cucharita limpia, raspó superficialmente y se la llevó a la boca como un conoedor. El gesto de asco fue instantáneo y automático. Escupió a un costado.

—Tiene razón. Está feo. No lo había probado.

Lo decía como si tal cosa. Como lo más natural del mundo. No pensaba pedir perdón. En realidad, no cuadraba. Fue demasiado para papá. El odio, el instinto destructor, se hizo presente con la contundencia de un mazazo.

—¿Y así me lo dice? ¿Después de...?

—¡No se altere! ¡Yo qué culpa tengo!

A esta altura, lo único que les quedaba, a los dos, para poder seguir adelante, era la violencia más desencadenada. No retrocedieron. Papá se lanzó por sobre el mostrador a abofetearlo. El heladero se hizo fuerte detrás de la caja registradora. Los dos chicos salieron corriendo, pasaron a mi lado (yo estaba clavada en el umbral, fascinada, hilvanando de modo enfermizo las distintas lógicas que se sucedían en la controversia) y miraron desde afuera. Papá había saltado al otro lado del mostrador y dirigía todas sus trompadas a la cabeza de su rival. El heladero era gordo, torpe, y no atinaba a devolver los golpes, sólo a cubrirse, y eso apenas. Papá gritaba como un energúmeno. Estaba fuera de sí. Un cross que acertó por casualidad en plena oreja hizo girar al heladero noventa grados. Quedó dándole la espalda, y papá lo tomó con las dos manos por la nuca, se le pegó con todo el cuerpo (parecía como si lo estuviera violando) y le metió la cabeza en el tambor de frutilla, que había quedado abierta.

—¡Te lo vas a comer! ¡Te lo vas a comer!

—¡Nooo! ¡Saquenmeló... ggh... de encima...!

—¡Te lo vas a...!

—¡Gggh...!!

—¡Te lo vas a comer!

Con fuerza hercúlea le hundía la cara en el helado y apretaba y apretaba. Los movimientos de la víctima se hacían espasmódicos, y más espaciados... hasta que cesaron por completo.

3

Nunca supe cómo salí de la heladería, cómo me sacaron... qué pasó... Perdí el conocimiento, mi cuerpo empezó a disolverse... literalmente... Mis órganos se hicieron viscosos... pingajos colgados de necrosis pétreas... verdes... azules... La única vida que producían era el ardor frío de la infección... de la descomposición... hinchazones... manojos de ganglios... Un corazón del tamaño de una lenteja latiendo aterido en medio de los despojos... un silbido irregular en la tráquea torcida... Nada más...

Yo había sido víctima de los terribles cianidos alimenticios... la gran marea de intoxicaciones letales que aquel año barría la Argentina y países vecinos... El aire estaba cargado de miedo, porque atacaban cuando menos se los esperaba, el mal podía venir en cualquier alimento, aun los más naturales... la papa, el zapallo, la carne, el arroz, la naranja... A mí me tocó el helado. Pero hasta la comida hecha en casa, amorosamente... podía ser veneno... Los niños eran los más afectados... no resistían... Las amas de casa se desesperaban. ¡La madre mataba a su bebé con la papilla! Era una lotería... Tantas teorías contradictorias... Tantos habían muerto... Los cementerios se llenaban de pequeñas lápidas con inscripciones cariñosas... El ángel voló a los brazos del Señor... firmado: sus padres inconsolables. Yo la saqué barata. Sobreviví. Pude contar el cuento... pero a un precio de todos modos muy alto... Por algo dicen: lo barato sale caro.

La enfermedad se hizo doble en mí. Debería habérmelo esperado... en el caso inconcebible de que hubiera podido esperar algo. El mal se manifestó en una especie de equivalencia cruel. Mientras mi cuerpo se retorció en las torturas del dolor, mi alma estaba en otra parte, donde por motivos distintos sufría lo mismo. Mi alma... la fiebre... En aquel entonces no se usaba bajar la fiebre con medicamentos... La dejaban cumplir su ciclo, interminablemente... Yo estaba en un delirio constante, me sobraba tiempo para elaborar las historias más barrocas... Supongo que tendría altos y bajos, pero se sucedían en una intensidad única de invención... Las historias se fundían en una sola, que era el revés de una historia... porque no tenía más historia que mi angustia, y las fantasmagorías no se posaban, no se organizaban... No me permitían siquiera entrar, perderme en ellas...

Uno de los avatares de la historia era la inundación. Yo estaba en mi casa... En la casa de Pringles que habíamos dejado al mudarnos a Rosario... que ya no era nuestra y donde no volveríamos a vivir. El agua subía, y yo en la cama mirando el techo paralizada... ni siquiera podía volver la cabeza para ver el agua... pero en el techo se reflejaban los bucles blanquecinos de la creciente... Era una ficción salida de la nada, porque nunca habíamos estado cerca de una inundación...

Otro: yo convidaba a mi familia con bombones envenenados... Cobertura de chocolate, una capa finísima de vidrio, y adentro arsénico alcohólico... No tenía antídoto... Lo irreparable... Papá aceptaba uno, mamá también... Yo quería volver atrás, me arrepentía, pero ya era tarde... Iban a morir... la policía no tendría problemas en averiguar la causa... me interrogarían... Yo decidía confesar todo, llorar a mares, dejar que me arrastraran las aguas... Pero ni siquiera la muerte podía consolarme porque ¿cómo iba a vivir yo sin mi papá y mi mamá? Y lo peor era que nunca se había visto una hija que matara a sus padres... nunca...

Otro (pero eran distintas caras de la misma pesadilla): un animal nadando dentro de la casa inundada, una nutria... Nos mordía los pies si intentábamos caminar en el agua que subía... Si mi mano resbalaba de la sábana me comería los dedos uno por uno...

Otro más: yo seguía paralizada, la cabeza apoyada en una almohada alta, y mi mamá abría el armario con puertas de vidrio verde que había frente a la cama, donde yo guardaba mis libros... En realidad no tenía libros, era demasiado chica, no sabía leer... El pánico me cortaba la respiración... ¿Qué había ido a buscar en el armario mi mamá? ¿Acaso sabía...? Aprovechaba mi impotencia para... En

cualquier momento lo encontraría... mi secreto... ¡Alto, mamá! ¡No lo hagas! ¡Te causará dolor, el dolor más grande de tu vida! Su dolor sería tan grande como mi vergüenza, mi espanto...

No necesito decir que yo no tenía ningún secreto... Nunca tuve secretos, y a la vez todo era secreto, pero secreto involuntario... El delirio daba el modelo, y algo más que el modelo... Mamá hurgaba en el armario... en medio de la inundación... ¡en lugar de tomar medidas más prácticas, como tomarme en brazos y ponerme a salvo, a campo traviesa, por las llanuras inundadas! La odiaba por eso... Ella seguía buscando, alucinada, aunque la nutria, de pronto mi cómplice, le roía los tobillos sumergidos... y yo sabía además que le quedaban minutos de vida, el veneno ya estaría actuando... si es que había comido el bombón, ¡y ojalá lo hubiera comido!

Ojalá... dentro de todo... Pero no. No era cuestión de que pasara esto o aquello... Era una combinatoria, o mejor dicho un orden... Los hechos se ordenaban de otro modo... Se repetían... O mejor dicho, derivaban... En los peores momentos me preguntaba a mí misma: ¿estoy loca?

Por encima de estas historias se suspendía otra, más convencional en cierto modo, al mismo tiempo más fantástica. Funcionaba aparte de la serie, como un "fondo", todo el tiempo. Era una especie de cuento detenido... un episodio de terror, muy preciso y con detalles escalofriantes... La angustia que me provocaba hacía parecer en comparación un entretenimiento de fin de semana el delirio cuadripartito... Salvo que no era un detalle, un relámpago en el cielo tormentoso... Era todo lo que me pasaba... todo lo que me pasaría en una eternidad que no había empezado ni terminaría nunca... Yo estaba dibujada en un librito de cuento de hadas, me había hecho mito... y lo veía desde adentro...

Desde adentro... Yo estaba sola en casa. Papá y mamá habían tenido que ir a un velorio y me habían dejado encerrada... en aquella vieja casita de Pringles en la que ya no vivíamos... sola con mis cuatro historietas dando vueltas en la cabeza... mi corona de espinas... Las dos puertas estaban con llave, bajadas las persianas de madera de las ventanas... una caja fuerte para el tesoro de vida que tenían mis papás: yo. El realismo era minucioso, hermético... Pero cuando digo que estaba sola, que la casa estaba cerrada, que era de noche... no son circunstancias, no son elementos sueltos con los que armar una serie... La serie era exterior (la inundación, la nutria, los bombones, el secreto) y agotaba todas las reservas delirantes de mi fiebre... Aquí ya no quedaba sino el bloque de realidad inmanejable, el verosímil rabioso...

Me habían recomendado severamente que no le abriera a nadie, bajo ninguna circunstancia. ¡Como si fuera necesario! De eso dependía mi vida y algo más. Nunca me habían dejado sola antes (en la realidad nunca lo hicieron) pero esto era fuerza mayor... La primera vez siempre asusta, por lo que pueda pasar... Yo estaba segura de mí, la consigna era simple... No abrir. Podía hacerlo. Era fácil. Podían confiar en mí. Además, ¿quién iba a venir, a la medianoche...? Mi vida dependía de eso, mi integridad... ¿Quién, quién, quién podía venir?

¡Pero estaban llamando a la puerta de calle! ¡La estaban golpeando, como si quisieran echarla abajo! No era sólo que llamaran: querían entrar... ¿Para qué iban a quererlo sino para asesinarme? ¡Y yo estaba sola...! Debían de saberlo... lo sabían perfectamente, por eso venían... Eran ladrones, venían a desvalijar la casa, en la hipótesis más benévola... Estaba en mis manos impedirlo, pero mis manos eran tan débiles... Temblaba como una hoja, atrás de la puerta... ¿Por qué me habían dejado sola? ¿Qué era tan importante que tuvieran que abandonarme?

Lo peor es que... eran ellos... ¡Eran papá y mamá, los que llamaban a la puerta! Los dos monstruos habían adoptado la forma de mi mamá y mi papá... No sé cómo los veía, supongo que por el agujero de la cerradura, que alcanzaba poniéndome en puntas de pie... Me erizaba de pies a cabeza, me congelaba... al verlos tan idénticos... les habían robado las caras, la ropa, el pelo... a papá muy poco porque era calvo, pero los rulos rojos de mi mamá... Eran símiles perfectos, sin errores... ¡El trabajo que se habían tomado! Esos seres que no tenían forma, o no me la revelaban... esos simulacros... sus pésimas intenciones... El espanto me helaba la sangre, no podía pensar...

Sacudían la puerta con frenesí, no sé cómo no se venía abajo... Gritaban mi nombre, hacía horas que lo estaban gritando... con las voces de papá y mamá... ¡Las voces también! Un poco alteradas, un poco roncadas... Habían tomado cognac en el velorio, y no estaban acostumbrados... se ponían como locos...

Habían perdido la llave, o se la habían olvidado... cualquier cosa... la mentira era tan transparente... ¡Me insultaban! ¡Me decían cosas feas! Y yo lloraba de horror, muda, paralizada...

Papá saltaba el muro del patio, iba a la puerta de la cocina, empezaba a golpearla, a patearla... Yo cruzaba la casa oscura, como una sonámbula, me paraba frente a la otra puerta, le rogaba a Dios que resistiera... Mi plegaria era escuchada, por una vez... Volvía a la puerta de calle...

Y aunque quisiera abrirles, ¿cómo hacerlo? Estaba encerrada, no tenía la llave... ¿O sí la tenía?

Eso era secundario. ¿Quería o no quería abrirles? Por supuesto que no. No me engañaban... ¿O sí me engañaban? ¿Cómo saberlo? Eran exactamente como mis padres, más reales que la realidad... No sacaba el ojo del agujero de la cerradura, bebía esa escena irreal... Pero dentro de lo irreal eran ellos, ellos mismos, mis padres... No sólo en la máscara sino en los gestos, en los tics, en el estilo, en sus historias... Ése era mi modo de ver a mis padres, sobre todo a papá... con mamá era otra cosa... a él lo veía no en la persona exterior como podía verlo cualquiera... veía su modo de ser, su pasado, sus reacciones, su razonamiento... a mamá también, ahora que lo pienso... Y no porque yo fuera especialmente perspicaz sino porque ellos, por ser mis padres, no tenían forma, o no me la revelaban... se negaban a hacerlo... fue la tragedia de mi infancia y de toda mi vida... Mi mirada no podía detenerse en la visión, se precipitaba más allá, a un abismo, y yo atrás...

Los golpes eran atronadores, la casita se estremecía en sus cimientos... los gritos arreciaban... me decían todas las verdades que se me podían decir... ya sin palabras... no importaba porque yo entendía igual... ¿Pero no ves que somos nosotros? ¿No ves que somos nosotros, idiota? ¡Idiota!

¡No! Mis papas no me tratarían así... ellos me querían, me respetaban... Y sin embargo... a veces se ponían nerviosos... yo era una niña difícil... una niña problema en algún sentido... Los atacantes se aprovechaban de eso... toda la maldad del mundo era una arcilla con la que habían hecho esos dos muñecos atroces...

¿Qué sería de mí? ¿Caería en sus manos? ¿Entrarían? ¿Me daría un ataque de imprudencia y les abriría yo misma, sin pensar, llevada por un optimismo imbécil...? ¿Les creería?

¿Cómo saberlo? Eso era lo peor: que no hubiera desenlace... O mejor dicho: que lo hubiera. Porque si sólo faltara el desenlace, habría podido quedarme de algún modo tranquila, esperándolo... procrastinar, dejarlo para después... ¡Pero éste era el desenlace! Era y no era... Casi habría podido decir que no era nada. Porque no veía nada, el delirio no era lo bastante fuerte, o lo era demasiado... No veía la casa donde estaba encerrada, no veía a los maniqués horribles que la sitiaban... las almas de mamá y papá... No era una alucinación... ¡Qué descanso si lo hubiera sido...! Era una fuerza... una onda invisible...

Duró un mes. Increíblemente, sobreviví. Podría decir: me desperté. Salí del delirio, como se sale de la cárcel. El sentimiento lógico habría sido el alivio, pero no fue mi caso. Algo se había roto en mí, una válvula, un pequeño dispositivo de seguridad que me permitiera cambiar de nivel.

4

Cuando recuperé el sentido, me hallaba en la sala de pediatría del Hospital Central de Rosario.

Abrí los ojos a una experiencia nueva para mí. El mundo de las madres. Papá no fue a visitarme una sola vez. Pero ni un solo día dejé de esperarlo, con una mezcla de anhelo y aprensión que conservaba algo del encadenamiento de los delirios. Mamá sí estaba presente, y ella traía el aroma del espanto, como una sombra de papá. Era inevitable, porque yo había entrado para siempre en el sistema de la acumulación, en el que nada, nunca, queda atrás. No le pregunté por él. Mamá no era la misma. La veía distraída, inquieta, angustiada. No se quedaba mucho, decía que tenía que hacer, y yo entendía. En las otras camas había una madre o una tía o una abuela turnándose las veinticuatro horas. Yo estaba sola, abandonada en un orbe materno.

Había unos cuarenta chicos internados conmigo, por las más diversas causas, desde fracturas a leucemia. Nunca los conté, ni hice amistad con ninguno; ni siquiera le dirigí la palabra a nadie.